



LA HORA DE LOS LIBROS

Los Círculos de Lectura

Quien quiera que observe las tendencias femeninas llega a la conclusión de que para nosotras la compañía y la sociedad son más necesarias que para los hombres. Se diría que en las mujeres repercute más hondamente el instinto gregario primitivo que impulsó al ser de las cavernas a fundar familias y a formar tribus. Mientras los misántropos son numerosos, las mujeres que buscan y aman la soledad son escasísimas. Con qué facilidad nos reunimos, no obstante conocernos apenas, para coser, para bordar, para desempeñar cualquiera de nuestras funciones domésticas! He visto, señoras distinguidas, ilustradas, que, cuando las rodea la soledad, llaman a una sirvienta para que venga bajo la lámpara del *boudoir*, a hacerles compañía y a darles conversación. Prefieren el borboteo de una cháchara infeliz a una hora de silencio y soledad.

Sin duda, tal afán tiene diversas explicaciones que lo excusan. En primer lugar, la mujer, no habiéndose dedicado en el transcurso de los siglos a trabajos que requieran la abstracción mental o el aislamiento del laboratorio, no han ejercitado la facultad de vivir en la soledad ni la de bastarse a sí mismas para su propia distracción. Por el contrario, las labores tradicionales, sus trabajos domésticos, sus labores de mano, obligándolas a un minimum de esfuerzo inteligente y a un maximum de paciencia, les han impulsado, seguramente, a buscar alivio a la monotonía de ellos, en la charla y compañía de los demás.

Por lo que respecta a la lectura, es fácil observar también que los hombres rara vez se juntan para gozar del encanto sugestivo de un libro y que las mujeres prefieren siempre hacerlo. ¿Quién no ha visto en las tranquilas veladas invernales un grupo de cabezas rubias o morenas inclinadas sobre la costura, mientras crepita el brasero, parpadean las lámparas y la voz cantarina de una muchacha va desgranando lentamente sobre ellas la gracia de su timbre y el ensueño de unas páginas de amor? Tales veladas han sido el germen natural de los círculos de lectura, de los "reading-club" que son atendidos y sustentados por los elementos femeninos de los países más adelantados. Reflexionando sobre ellos, he creído que podría ser de algún interés para las lectoras de *Familia* conocer esta actividad extranjera, que, nacionalizada entre nosotras, sería susceptible de ofrecer un momento de paz y de consuelo espiritual a muchas mujeres de todo el país.

Los círculos de lectura son de diversas especies. Los hay generales y especiales, con sede fija y volantes, cerrados y abiertos. El objeto de los primeros, es simplemente, reunirse a leer en compañía. El autor y la obra se aceptan de acuerdo con la voluntad de la mayoría. Las socias eligen una presidenta que dirija las discusiones y solucione las dificultades que puedan presentarse, y también una secretaria-tesorera para recibir las cuotas, atender a la compra de revistas o libros y, sobre todo, para organizar la taza de té que se sirve en amable consorcio en medio o después de la sesión. El asiento de estos círculos puede ser por turno el salón de las socias, o un terreno neutral en la forma de un departamento confortablemente arreglado y de fácil acceso, costeados a prorrata por los miembros. Esto último es lo que se prefiere, porque permite mayor confianza y no implica molestias para nadie. El círculo es cerrado cuando no se admite más que a un número reducido y determinado de socias (doce, por ejemplo); abierto cuando no se establecen limitaciones.

En los círculos especiales, las socias se dedican únicamente a profundizar un solo autor. En Inglaterra los que aceptan por sólo objeto el estudio de Shakespeare son numerosísimos. Cervantes, entre nosotras, merecería por iguales títulos un idéntico interés, y Maeterlink, tan admirado por nuestras más cultas damas y tan a la moda del día, podría también dar suficiente tema para muchas sesiones de un círculo de lectura.

Los clubs volantes son aquellos que no cuentan con sede alguna fija, porque sus miembros, que viven en ciudades o puntos lejanos, sólo se comunican entre sí por medio de cartas.

La dirección de estos se encomienda generalmente a una persona de reconocidos méritos culturales o a un escritor. En Norte-América fué justamente famoso el que patrocinó durante un largo tiempo el gran humorista Mark Twain y al cual sólo podían ingresar jovencitas de 17 a 20 años, escogidas entre postulantes de toda la república. El o la presidenta del círculo elige la obra; las socias la leen por su propia cuenta, anotando las emociones, los pensamientos, las dudas que les suscitan. Previamente se ha establecido un número de orden para cada una de las personas del club y la primera envía sus apuntes a la segunda, ésta agrega las suyas, que refutan, confirman o explican las anteriores, y en seguida las remite a la tercera, que vuelve a añadir lo que parece hasta que las páginas, pasando por todas las socias, van a la presidenta que las recopila en los archivos del club, las devuelve a las socias o da a la publicidad aquellas observaciones que lo merezcan. Para la lectura del próximo libro, se elige como iniciadora de la serie a la que ocupó el segundo lugar la vez anterior, de modo que la que fué primera pasa a ser ahora la última y a usufructuar de las observaciones de todas las demás.

El beneficio emanado de estas asociaciones es múltiple. En primer lugar se extrae de los libros una enseñanza de arte, de cultura o de conocimiento de la vida, infinitamente mayor de la que puede obtenerse de una lectura privada. Se ve la obra coloreada por los variados matices de los diversos temperamentos; la significación, el sentido trascendental, el símbolo de ella se torna luminoso; las dificultades de comprensión se aminoran y el alma del artista creador se revela en toda su amplitud. Al mismo tiempo se goza de la dulce certeza de saberse en contacto espiritual con personas que, pertenecientes al mismo círculo, son muestras afines por sus ideales, sus tendencias o sus aspiraciones de vida. Las amistades creadas por los círculos de lectura tienen un encanto que ignoran las que se han formado bajo los auspicios del azar en medio de frases banales y que por lo tanto, rara vez llegan hasta descubrir nuestras fuentes de íntimas inquietudes, los problemas que hondamente nos perturban, esas profundidades de la conciencia que tantas veces deseáramos sondear con la ayuda de alguien que pudiera comprenderlas. En cambio, al través de un comercio espiritual, se llega muy pronto a sentir junto al propio, el ritmo unísono de otro corazón.

Y, ¿por qué no podría ser esta "Hora de los libros" patrocinada por *Familia* el comienzo de un círculo de lectura? Estoy cierta de que un número reducido, pero bien selecto de sus lectoras de toda la República suministraría una perfecta base para una obra semejante. Se formaría un club volante para las lectoras de provincia y uno con sede fija para Santiago. Las obras serían seleccionadas al principio por la dirección de esta revista y después por las mismas socias. Los comentarios de importancia, los progresos y las necesidades de estos clubs serían comentados en esta "Hora de los libros" que con la colaboración de las socias se tornaría interesante y atractiva. No hay temor de que falten elementos para crearlos, ni que las diferencias de gustos y educación sean un obstáculo para su éxito. Se podría comenzar con libros relativamente sencillos y poco a poco se iría clasificando a las socias en distintos grupos. Bastaría para principiar algo de buena voluntad, un momento de resolución y un poco de amor por los libros. Reflexiona, pues, lectora mía, si quieres acompañarnos en esta iniciativa que será un paréntesis de ensueño y de comunión espiritual en medio de las dificultades cotidianas, y si la aceptas, envíanos tu adhesión que será cordialmente bienvenida.

Las comunicaciones deben dirigirse a la que suscribe, revista *Familia*, Teatinos 666, Santiago.

En nuestro próximo artículo trataremos sobre "The wife of Sir Isaac Harman", la última novela del gran escritor inglés H. G. Well.

AMANDA LABARCA HUBERTSON.

